

la fe, pues en tiempo de San Ignacio no se conocía, por la bondad de Dios, esa razón independiente, que en nuestros días extravía á tantos soberbios, y los conduce á mil desatinos. San Ignacio, como todos los hombres de su tiempo, era hombre de fe, y supuestas las verdades que la fe nos enseña, procedía en todo según los dictámenes de la recta razón. Era hombre prudentísimo, nunca sus obras procedieron de ímpetus del corazón, aunque fueran piadosos; nadie busque en su vida ciertos arranques súbitos, ciertos arrebatos místicos, que mueven á los santos á grandes acciones. Nuestro Padre siempre obraba de pensado. Antes de dar un paso en cualquiera negocio, dice el P. Cámara, se ponía en el término de él, y ponderaba todos los medios que podía haber para lograr suceso feliz (1). No solamente en las empresas altas y en los negocios difíciles, sino en la vida ordinaria y hasta en las menudencias domésticas, hasta en el traer de la capa, como decía el P. Brandón, procedía Ignacio con grandísima consideración, y guiado por la razón y la fe (2).

6. Aquí vemos la objeción que, más ó menos á las claras, hacen algunos al carácter de San Ignacio. Tiénenle por hombre de gran cabeza, de talento original, de juicio profundo; pero desprovisto por completo de aquellas hermosas prendas de corazón que tanto enamoran en un hombre. San Ignacio, vienen á decir, era una máquina que obraba á compás, según que su cabeza movía este ó el otro resorte. En una palabra, no tenía corazón, como vulgarmente se dice. ¡Qué mal conocen á San Ignacio los que así conciben su carácter! ¡Que no tenía corazón quien casi perdió los ojos de tanto llorar; quien con sus pobres limosnas socorría las necesidades de sus buenos hijos en París; quien, doliente y achacoso, emprendía penosos caminos para abrazar á un hijo enfermo y devolverle milagrosamente la salud; quien, imposibilitado de gobernar la Compañía en su última ancianidad, nunca quiso encomendar á otro el cuidado de sus queridos enfermos! ¡Que no tenía corazón quien, abrazando de

(1) Cámara, *Memorial*, 26 de Enero de 1555. *Item*, 12 de Marzo.

(2) Escribiendo desde Roma á los Padres de Coimbra, en Febrero de 1551, les da varias noticias sobre la persona de San Ignacio, á quien entonces veía por primera vez, y, entre otras cosas, dice lo siguiente: «He homem [Ignacio] que en todas as disposições de cousas grandes e pequenas teem grandissima deliberação e consideração; en extremo se regula pola rezao natural, et esta regulada polo conhecimento infuso e revelado nas Sanctas Scripturas. Et esta maneira de proceder guarda etiam en ho tratamento de todas as cousas, ate ho trazer na capa, e nenhuma cousa excepto.» *Epistolae mixtae*, t. II, p. 516.

una ojeada todo el universo, y conociendo las necesidades de todo el mundo, aspiraba á remediarlas todas, y por sí y por sus hijos trataba de regenerar en Cristo lo mismo al pecador y hereje europeo que al idólatra desconocido que aparecía en los países nuevamente descubiertos! ¿Qué entienden por corazón los que no reconocen en San Ignacio la mayor grandeza de alma que se ha visto, junto con la dulzura más paternal que puede imaginarse?

Lo que había de característico en Ignacio era que los afectos delicados de su corazón no se manifestaban al exterior, sino gobernados por su gran juicio. Es error de algunos creer, que sólo existe una facultad, cuando se halla en desequilibrio respecto de todas las demás. Piensan que sólo tienen imaginación los que la tienen exaltada y frenética, que sólo tienen corazón los que obran por ímpetus y afectos inconsiderados. Este dañoso desequilibrio no suele existir generalmente en los santos, y nunca se manifestó en el bien templado carácter de Ignacio. Nuestro Padre amaba ardentísimamente á sus hijos, pero con juicio; se enternecía, pero con juicio; castigaba, pero con juicio; se compadecía, exhortaba, condescendía como nadie, pero siempre con juicio. Su fervorosa oración, su áspera penitencia, su continua mortificación interior, le habían dado señorío cabal sobre todo su ser, y parece que ninguna de sus virtudes y prendas naturales se movía lo más mínimo, sino cuando y como la razón veía convenir para la mayor gloria de Dios. «En Ignacio, solía decir el P. Andrés Frusio, la gracia parece connatural. Creyérase que no tiene pasiones y afectos sino para servir con ellos á la virtud» (1).

Es un error vulgar creer que los santos matan la fuerza de su carácter, y destruyen las pasiones y afectos que brotan naturalmente en el corazón. No los destruyen, los sujetan; no los matan, los ordenan. ¿Se le ocurre á nadie jamás decir que un general, mandando á los soldados observar exactamente el orden y la disciplina militar, mata las fuerzas de su ejército? Al contrario, en esa disciplina consiste la fuerza de las armas. Pues eso es el alma de un santo, ejército bien ordenado en batalla, *castrorum acies ordinata*, como dice la Escritura, y en eso resplandeció como nadie nuestro glorioso patriarca.

Era de ver la solicitud con que cuidaba de sus hijos y las menudencias á que descendía su caridad. Entra en la Compañía el P. Nadal aquejado de melancolías y venciendo á duras penas sus repug-

(1) *Varia Historia*, t. I, f. 32.

nancias. San Ignacio le consuela, le hace comer consigo en mesa particular, va á visitarle á su aposento y le saca á pasear por la ciudad de Roma (1). Enferma el P. Ribadeneira y le dan una sangría. «Puso el Padre quien estuviese aquella noche conmigo, dice él mismo, y no contento con esto, estando ya todos durmiendo, á la media noche, sólo el buen Padre no dormía. Dos ó tres veces envió quien reconociese el brazo y viese si estaba bien atado, porque no me aconteciese por descuido lo que á muchos ha acontecido, que soltándoseles la vena perdieron la vida (2). Un novicio flamenco es tentado contra su vocación. Manda Ignacio que le hablen varios Padres, toma otros medios para retenerle, y no aprovechan. Va él mismo á verse con el tentado; empieza á hablarle con suavidad, y el novicio no se conmueve. Entonces Ignacio, que era más bajo de cuerpo que el flamenco, da un saltito y se cuelga del cuello del novicio, rogándole amorosamente que no se vaya (3). ¿Quién no se admira de ver convertido en un niño, por el amor, á un hombre tan grave como San Ignacio?

Otra hermosa manifestación de esta caridad era la estima que mostraba el santo de sus hijos, y el gozo que concebía por lo que trabajaban en defensa de la Iglesia. Encargábales que le escribiesen á menudo, refiriéndole lo que hacían por la gloria de Dios. Él mismo, á los principios recogía y juntaba cuidadosamente las cartas, las guardaba como una reliquia y las enseñaba á los cardenales y amigos de la Compañía, para que viesen las maravillas que hacían por todas partes sus buenos hijos. El P. Bobadilla, en un rato de mal humor, escribió al santo, que no leía sus cartas «porque de lo superfluo de vuestra carta principal se pudieran hacer dos cartas». Á esta inconsiderada observación contesta Ignacio: «Á mí, por gracia de Dios nuestro Señor, me sobra el tiempo y la gana para leer y releer todas las vuestras» (4).

7. Aunque tan vivo era el amor con que abrazaba á todos sus hijos, sin embargo, sabía mostrarlo más ó menos, según convenía para el aprovechamiento espiritual de cada uno. En San Ignacio todo había de ir á la mayor gloria de Dios; por consiguiente, manifestaba su afecto en la forma que más convenía, para que creciese más en la virtud el interesado. ¿Era hombre de virtud débil, ó estaba tentado?

(1) *Epistolae P. Nadal*, t. I, p. 23.—(2) *Vida de San Ignacio*, l. V, c. VIII.—(3) Cámara, *Memorial*, 27 de Enero de 1555.—(4) *Cartas de San Ignacio*, t. I, p. 372.

El santo se desvivía por complacerle. ¿Era hombre de virtud sólida y robusta? Ignacio no le perdonaba ninguna falta, y por cualquier descuido le imponía severas penitencias. «Es una cosa extraña, dice Cámara, la circunspección que tiene en tratar cualquiera persona que sea, si no es un Nadal y á un Polanco, que á éstos trata sin ningún respeto; antes *duriter* y con rigurosos capelos» (1). Lo mismo hacía con el P. Laínez, á quien envió, por faltas pequeñas, la severa reprimenda que puede leerse en el tomo III, pág. 129, de las *Cartas de San Ignacio*. Como prueba curiosa de esta circunspección, presenta el P. Luis González de Cámara el tratamiento que daba nuestro santo al P. Olave, y el arte con que le fué desmontando los títulos, según le veía progresar en la virtud. Al principio le hablaba con suma consideración, diciéndole: «Señor Dr. Olave, vuestra merced haga esto.» Poco después le acertaba el título y le decía: «Doctor Olave, vuestra merced haga esto.» Otro día le quitaba el doctor; otro el vuestra merced. Finalmente, cuando le vió bien fundado en la virtud, le decía á secas: «Olave, haced eso» (2).

8. Esto nos conduce á considerar otro defecto que algunos pretenden encontrar en el carácter de San Ignacio. Aunque todos los biógrafos ponderan ciertos actos de caridad y mansedumbre, sin embargo, de tal modo presentan el conjunto de los hechos, que en la mayor parte de los lectores queda la impresión de que San Ignacio era excesivamente severo. Otra es la opinión que forma el lector imparcial cuando lee, no ciertas biografías del santo, sino las cartas y documentos contemporáneos. «Él es, decía el P. Laínez, algún tanto riguroso con quien no se quiere abnegar y ofrecer á Nuestro Señor, ó con quien torna para atrás; con los otros es muy benigno» (3). Efectivamente, si algún defecto se puede sacar á la prudencia divina de nuestro Padre, es el haber sido sobrado indulgente. No negamos que hay algún fundamento en la conducta del santo para imaginarle algo severo. Ante todo, San Ignacio fué muy mirado en admitir sujetos para la Compañía, y escribió sobre ello una parte muy principal de las constituciones, que llamó *Examen*. Ahora bien: atendida la facilidad extraordinaria que había en el siglo XVI de dar el hábito religioso, debió parecer rigor extremado esta prudente reserva de nuestro fundador. Cuenta el P. Ribadeneira haber oído decir á cierto superior religioso italiano, que él había dado el hábito

(1) *Memorial*, 3 de Febrero de 1555.—(2) *Ibid.* El mismo día.—(3) *Carta al P. Polanco*.

á más de cuatrocientos, y que de tantos, sólo habían perseverado nueve (1). Este buen religioso, tan pródigo en repartir el hábito de su Orden, claro está que miraría á San Ignacio como excesivamente severo.

Otra razón ha podido contribuir á formar esta misma idea, y es la facilidad en despedir de la Compañía á los sujetos que no se conformaban con nuestro instituto. Exige nuestra profesión mucha obediencia, y por ser esta virtud el nervio de nuestro modo de ser, no podía sufrir nuestro santo Padre á los desobedientes, y por medio de los dos años de noviciado, y dilatando tanto tiempo la profesión, quiso tener abierto el camino para limpiar de gente inútil á la Compañía. También esto se creía rigor, dados los usos establecidos entonces en las Órdenes religiosas; pero comparado con lo que después se ha hecho y se hace en la Compañía, no aparece excesivo. Quieren algunos hacernos creer, que San Ignacio expulsaba por causas ligeras. Esto es un error. Nunca fueron ligeras las causas de expulsión, si se examinan atentamente los documentos de aquel tiempo. Al contrario; lo que admira es ver la paciencia con que aguantaba San Ignacio las faltas de sus hijos, y la suavidad y constancia con que sin cesar procuraba remediarlas. Ni en el admitir ni en el despedir fué San Ignacio más riguroso de lo que suelen ser generalmente los superiores de la Compañía. Pudo también dar origen á dicha opinión el ser Ignacio hombre grave y de pocas palabras. No tenía aquella efusión que notamos en Santa Teresa; faltábale la imaginación pintoresca de un San Francisco de Sales; escribía y hablaba con dificultad, y en vez de dilatarse en variados discursos, tenía por costumbre inculcar una y mil veces las mismas verdades. Esta parsimonia de palabras pudo inducir á tenerle por hombre duro y austero. Además, solía dar de vez en cuando penitencias grandes por faltas ligeras; pero esto no lo hacía con todos, sino con los hombres de gran virtud, para afirmarlos y perfeccionarlos más en la vida religiosa.

Prueba de la benignidad de nuestro santo Padre, es el afecto ternísimo con que le amaban sus hijos, al mismo tiempo que le respetaban con la más profunda veneración. Cuando leemos las cartas que le dirigieron nuestros Padres, y las que se escribían unos á otros, es cosa admirable ver el respeto con que hablan de su Padre

(1) *Diálogos sobre los salidos de la Compañía*. Diálogo 1.º Al principio.

común, el afán con que desean sus cartas (1), y la ternura con que le corresponden. Lo que pensaba, decía y ordenaba Ignacio, lo recibían nuestros primeros Padres, como niños que esperan inmóviles y mudos la enseñanza y dirección de sapientísimo maestro. Diríase que Ignacio ejercía una especie de fascinación sobre sus hijos, aunque éstos fuesen tal vez hombres de primer orden por sus virtudes y talentos.

Para muestra citaremos algunas frases de aquellos Padres. Había escrito Ignacio á San Francisco Javier una carta, que concluía con estas palabras: «Todo vuestro, sin poderme jamás en tiempo alguno olvidar de vos, Ignacio.» Recibió esta carta Javier cuando tornaba del Japón, donde había padecido tantos trabajos, y al leer esta frase, saliendo de sí por el amor, toma la pluma y escribe de esta suerte: «Á mi en Cristo santo Padre Ignacio [es la primera vez que Ignacio empieza á ser llamado santo Padre]. Una carta de vuestra santa caridad recibí en Malaca ahora, cuando venía de Japón, y en saber nuevas de tan deseada salud y vida, Dios nuestro Señor sabe cuán consolada fué mi ánima; y entre otras muchas santas palabras y consolaciones de su carta, leí las últimas, que decían: «Todo vuestro, »sin poderme olvidar en tiempo alguno»; las cuales, así como con lágrimas leí, con lágrimas las escribo, acordándome del tiempo pasado y del mucho amor que siempre me tuvo y tiene, y también considerando cómo de los muchos trabajos y peligros de Japón me libró Dios nuestro Señor por la intercesión de las santas oraciones de vuestra caridad.... Escribeme vuestra santa caridad cuántos deseos tiene de me ver, antes de acabar esta vida. Dios nuestro Señor sabe cuánta impresión hicieron estas palabras de tan grande amor en mi ánima, y cuántas lágrimas me cuestan las veces que dellas me acuerdo; y en me parecer que puede ser, me consuelo, pues á la santa obediencia no hay cosa imposible» (2).

En cierta ocasión, Polanco escribió al P. Araoz insinuándole que había algunas quejas contra él, por su poca obediencia, y sospechas de que anhelaba sustraerse algo á la dirección de San Ignacio. Á esto responde Araoz: «Mis entrañas, por la bondad divina, son deseosas de acertar, de unirme inseparablemente, como pienso estarlo

(1) «*Cujus [Ignatii] litterae, si propter occupationes aliquando Nostris plus solito dilatae fuissent, quasi lacte consuetae consolationis privati conquerebantur, et castigationis loco id ferebant.*» Polanco, *Historia S. J.*, t. II, p. 33.

(2) *Monumenta Xaveriana*, t. I, p. 668.